

sación ante toda la ciudad atónita. Se puso la gente en las puertas para ver el triunfo de la Enturbiadora sobre la familia. Aquel hecho exorbitante causó una sensación profunda con la que contaba Max. Así es que cuando tío y sobrino regresaron á eso de las cinco, no se hablaba en todas las casas sino de lo bien que se entendían Max y Flora con el sobrino del señor Rouget. Finalmente, lo del regalo de los cuadros y de los cuatro mil francos, también circulaba ya. La comida, á la que asistió Lousteau, uno de los jueces del tribunal, y el alcalde de Issoudun, fué espléndida. Fué una de esas comidas de provincia que duran cinco horas. Vinos exquisitos animaron la conversación. Á los postres, á eso de las nueve, el pintor, sentado entre Flora y Max frente al tío, ya era casi camarada del oficial, que le parecía ser apreciable persona. Regresó José á las once, casi ebrio. Á Rouget lo llevó Kuski á su cama, borracho del todo.

— Oye, le dijo Max á Flora ya que estuvieron solos, ¿no vale más esto que ponerles mala cara?

Los Bridau serán bien recibidos, se les hará regalitos, y, colmados de favores, no podrán menos de cantar alabanzas; y se volverán tan tranquilos, dejándonos tranquilos también. Mañana por la mañana, entre Kuski y yo quitaremos todos esos lienzos y se los enviaremos al pintor, para que los tenga cuando se despierte; llevaremos los marcos al desván, y renovaremos el papel de la sala, poniendo de esos en que hay escenas del Telémaco.

— Es verdad que será más bonito, exclamó Flora.

Al día siguiente, no se despertó José antes de las doce. Desde su cama vió los lienzos puestos unos sobre otros; no los había sentido traer. Mientras de nuevo examinaba los cuadros, su

madre había ido á ver á su hermano y á darle las gracias, instigada por el viejo Hochón, quien, al saber las tonterías cometidas la víspera por el pintor, desesperaba de la causa de los Bridau.

— Tiene usted adversarios muy astutos. Jamás, en mi vida, he visto comportamiento como el de ese soldado. Dicen que la guerra enseña mucho á los jóvenes. No ha comprendido José que le engañaban; se ha paseado del brazo de la Enturbiadora. Sin duda le han tapado la boca con vino, con lienzos que poco ó nada valen y con cuatro mil francos... Barato le ha salido á Max nuestro artista.

El astuto anciano le había trazado á Ágata su camino: aprobar las ideas de Max y estar cariñosa con Flora, para llegar á una especie de intimidad con ella, con el fin de conseguir momentos de conversación á solas con Juan Jacobo. La señora de Bridau fué muy bien recibida por su hermano, al que Flora había leído la cartilla. El viejo estaba en cama, indispuerto por los excesos de la víspera. Como no podía Ágata tocar de repente las cuestiones graves, Max había juzgado conveniente y magnánimo el dejar solos al hermano y á la hermana. Resultó exacto el cálculo. Tan mal encontró la pobre Ágata á su hermano, que no quiso privarlo de la asistencia de Flora.

— Además, le dijo al solterón, quiero conocer á una persona á la que debo la felicidad de mi hermano.

Estas palabras gustaron sobre manera al viejo, que llamó para que subiera Flora; ésta no estaba lejos, como puede suponerse. Las dos antagonistas hembras se saludaron. La Enturbiadora desplegó las atenciones de la más servil, de la más atenta ternura; le pareció que el señor tenía la cabeza demasiado baja, arregló las almohadas, se condujo como una buena esposa. Así es que tuvo el solterón una expansión de sensibilidad.

— Le debemos á usted, señorita, le dijo Ágata, mucho agradecimiento por las pruebas de su cariñoso interés para con mi hermano, desde hace tanto tiempo, y por la manera con que le hace usted feliz.

— Y es verdad, querida Ágata, dijo el anciano, me ha hecho conocer la felicidad; además, es mujer de excelentes cualidades.

— Por eso, querido hermano, debe usted grandes recompensas á esta señorita; debió usted de haberse casado ya con ella; si, mi piedad desea verle á usted obrar según los preceptos de la religión. Más tranquilos estarían ustedes los dos, sin luchas contra las leyes y la moral. He venido, hermano, á pedirle favor en medio de una gran aflicción; pero no crea usted que nos permitamos hacerle la más insignificante observación acerca de cómo pretende disponer de su fortuna.

— Señora, dijo Flora, sabemos que su señor padre fué injusto con usted. Su señor hermano puede decirle (y en esto miraba fijamente á su víctima) que las únicas discusiones que hemos tenido han sido respecto de usted. Yo sostengo al señor que le debe á usted la parte de fortuna de que, tan sin motivo, la privó mi pobre bienhechor, pues fué mi bienhechor, su padre de usted (y casi lloraba), siempre lo recordaré... Pero su hermano de usted, señora, ha acabado por escucharme...

— Si, dijo Rouget, cuando haga testamento, no os olvidaré...

— No hablemos de eso, hermano; no conoce usted todavía mi carácter.

Por este exordio se deducirá fácilmente lo que en aquella primera entrevista ocurrió. Invitó Rouget á su hermana á comer para dos días después.

Durante aquellos tres días, los caballeros de la ociosidad cogieron muchas ratas y muchos ratones,

los cuales, una noche, fueron soltados en medio del grano; había cuatrocientos treinta y seis bichitos; muchas madres estaban para parir. No contentos con haberle procurado esos pensionistas á Fario, los caballeros agujerearon el techo de la antigua iglesia de Capuchinos y metieron en ella unos diez palomos, tomados de distintas granjas. Todos aquellos animalitos se entregaron con tanta más facilidad á su inacabable banquete, cuanto que el mozo de almacén de Fario había sido emborrachado por un pillete, sin cuidarse del grano de su amo.

La señora de Bridau, contrariamente á la opinión del viejo Hochón, creía que no había otorgado testamento su hermano, y contaba preguntarle á éste qué intenciones tenía respecto de la señora Brazier, tan pronto como pudiera pasarse sola con él, esperanza que Max y Flora le dejaban á ella entrever, pero que jamás había de cumplirse.

Aunque buscaban los caballeros un medio de echar á los dos parisienses, sólo imposibles locuras imaginaban.

Al cabo de una semana, la mitad del tiempo que habían de permanecer en Issoudun los forasteros, tan avanzados estaban los caballeros como el primer día. Su procurador de usted no conoce la provincia, dijo Hochón á Ágata. Lo que usted viene á hacer aquí no se hace ni en quince días ni en quince meses: sería menester no apartarse de su hermano é inspirarle ideas religiosas. Sólo un cura es capaz de contrarrestar la influencia de Max y de Flora. Tal es mi parecer, y urge ponerlo en práctica.

— Tiene usted singulares ideas sobre el clero, le dijo la Hochón á su marido.

— Ya, ya asomaron las devotas, exclamó el anciano.

— Dios no había de bendecir una empresa que descansara sobre un sacrilegio, dijo la señora de Bridau. Hacer servir la religión á semejantes... ¡oh! seríamos más criminales que Flora.

Esta conversación tenía lugar durante el almuerzo, y tanto Baruch como Francisco no perdían una palabra.

— ¡Sacrilegio! exclamó el viejo Hochón. Pero, si algún abate de ingenio, como he conocido á algunos, supiese en qué red está usted presa, ningún sacrilegio vería en hacer que volviera á Dios el alma descarriada de su hermano, inspirándole un verdadero arrepentimiento de sus faltas, haciendo que se separe de la mujer causante del escándalo, pero asegurando su porvenir; probándole que su conciencia quedaría en paz dando algunos miles para el seminario-colegio del arzobispado, y dejando su fortuna á sus herederos naturales...

La obediencia pasiva que el viejo avaro había conseguido en su casa por parte de sus hijos, transmitida después á sus nietos, sometidos á su tutela, y á los que estaba reuniendo una buena fortuna, haciendo, decía, para ellos como para sí mismo, no permitió á Francisco ni á Buruch la más leve señal de extrañeza ni de desaprobación; pero cambiaron una mirada significativa con la que querían decir que todo aquello era fatal á los intereses de Max.

— La verdad es, señora, dijo Baruch, que si quiere usted entrar en posesión de los intereses de su hermano, este es el mejor medio; hay que permanecer aquí cuanto tiempo sea menester para conseguirlo.

— Mamá, dijo el pintor, harás bien en escribirle á Desroches acerca de todo esto. Yo, con lo que mi tío me ha dado me contento.

Después de haberse dado cuenta del mucho valor de los treinta y nueve cuadros, José los había

desclavado con esmero, pegándoles, después, papel por detrás; y superponiéndolos uno á otro, todos los había encerrado en una inmensa caja, y la había dirigido á Desroches, á quien se proponía dar aviso del envío. Aquel precioso bulto había salido la vispera.

— Con poco se contenta usted, le dijo Hochón.

— Pues no me costará mucho trabajo encontrar por ellos ciento cincuenta mil francos.

— ¡Cosas de pintor! repuso irónicamente Hochón.

— Amigo mío, dijo la señora de Hochón á José al levantarse todos de la mesa, no sé lo que pueden valer los cuadros de su tío, aunque deben de ser buenos, ateniéndose á los sitios de donde proceden. Pero con sólo que valieran á mil francos pieza, ó sea cuarenta mil entre todos, no diga usted nada á nadie. Aunque mis nietos son prudentes y están bien educados, pudiera ocurrir que, sin darse cuenta de lo que hacían, propalasen la noticia; y es menester que nada de eso sepan nuestros adversarios. Se está usted portando como un niño.

En efecto, á las doce, muchas personas en Issoudun, y sobre todo Max, supieron lo de los cuadros, y el que menos, creía tener una fortuna en una indecente tela que nada valía. Se arrepintió Max de haber empujado al viejo á que diera los cuadros; y su rabia contra los herederos, al saber el plan del viejo Hochón, se acrecentó con lo que él llamaba su *tontería*. La influencia religiosa en un ser débil era la única cosa que temer; así es que las noticias dadas por los jóvenes confirmaron una vez más á Max en su resolución de capitalizar todos los contratos de Rouget, y pedir prestado sobre sus fincas para efectuar, cuanto antes, una colocación en la renta; pero más urgente aún le pareció el despachar á los parisienses.

Flora, aconsejada por Max, pretendió que el señor, por su edad, se cansaba demasiado yendo á pie y que debía ir en coche. Necesitóse aquel pretexto por la obligación de ir el viejo, sin que nadie lo supiera, á varias ciudades de las cercanías, donde se proponían hacer colocaciones de dinero. Al finalizar aquella semana, toda la ciudad quedó sorprendida al saber que el viejo Rouget había ido á Bourges para comprar un coche, medida que quedó justificada por los caballeros de la Ociosidad en sentido favorable á la Enturbiadora.

Flora y Rouget compraron un horrible coche, con cristales malísimos, con cortinillas de cuero roto, que tenía veintidós años de fecha y que había rodado más que una pelota. Dicho coche, pintado de mala pintura verde, se parecía bastante



á una calesa, pero las varas habían sido modificadas de manera á poder enganchar sólo un caballo. Pertenece pues á ese género de coches tan puestos de moda por la disminución de las fortunas y que entonces se

llamaba honradamente una *media fortuna*, pues en su origen aquellos coches fueron

nombrados *jeringas*. El paño de aquel coche estaba roído por los insectos; cuando se movía parecía arrastrar una carga de hierro viejo; pero sólo había costado cuatrocientos cincuenta francos; y Max compró del regimiento que entonces estaba de guarnición en Bourges, una yegua, ya reformada, para arrastrar el carricoche. Hizo repintar en pardo obscuro el coche, se hizo con bastantes

buenos arreos de ocasión, y toda la ciudad de Issoudun estaba alerta, en espera del coche de Rouget.

La primera vez que salió el buen hombre con su coche, el ruido hizo que la gente se asomara, y no había ventanas sin curiosos.

La segunda vez, el solterón

llegó hasta Bourges,

en donde, para ahor-

rrarse la operación

aconsejada, ó, si se

quiere, ordenada por

Flora, firmó ante

notario una procura-

ción á Max Gilet,

con objeto de trans-

portar todos los contratos

designados en la procu-

ración. Flora se reservó

el liquidar con el señor

las colocaciones efectua-

das en Issoudun y can-

tones circunvecinos. El principal

notario de Bourges recibió la visita

de Rouget, quien le pidió que le encontrase, pres-

tados, ciento cuarenta mil francos sobre sus pro-

piedades. Nada se supo en Issoudun de tales pasos,

tan secreta y hábilmente llevados á cabo. Max,

como buen jinete que era, podía ir á Bourges y

volver, desde la cinco de la mañana á las cinco de

la tarde, con su caballo, y Flora no se apartó del

solterón. Rouget consintió sin dificultad á la ope-

ración que Flora le propuso; pero quiso que la

inscripción de renta de cincuenta mil francos obrase

á nombre de la señorita Brazier, como usufructo,

y en nombre de él, Rouget, como propiedad

simple. La tenacidad desplegada por el viejo en

este asunto inquietó á Max, quien creyó ver en



ello reflexiones inspiradas ya por la presencia de los herederos naturales.

En medio de aquellos sucesos que Max quería sustraer á las miradas de la gente de Issoudun, olvidó al tratante en granos. Quiso Fario hacer entrega de su mercancía, al cabo de maniobras y de viajes que tenían por fin determinar un alza en los cereales. Al día siguiente de su llegada vió el tejado de la iglesia de capuchinos, frente á la cual vivía, negro de palomos. Se maldijo á sí mismo por haber descuidado el hacer visitar dicho tejado, y se apresuró á ir á su depósito, en donde vió que había sido devorada la mitad de su grano. Una cantidad considerable de excremento de ratas y de ratones le reveló una segunda causa de su ruina. La iglesia se había convertido en arca de Noé. Pero el furor del español no conoció límites al notar que casi todo el grano de debajo había fermentado á consecuencia de cierta cantidad de agua que Max había derramado con ayuda de un tubo de hoja de lata. El instinto animal bastaba para explicar la presencia de los palomos y de los roedores; pero la presencia del agua en aquel sitio denotaba un rasgo de perversidad humana. Fario se sentó en una grada del altar y allí quedó pensativo, con la cabeza entre las manos.

Al cabo de media hora de reflexiones españolas, vió la ardilla que el joven Goddet había tenido empeño en darle como pensionista, jugando con un ramo en lo alto de una viga maestra. El español se levantó friamente dejando ver á su mozo de almacén una cara impasible cual la de un árabe. No se quejó, volvió á su casa, buscó á algunos obreros para meter en sacos el grano bueno y extender al sol el mojado, con objeto de salvar lo más posible; y después se ocupó de sus entregas, de calcular que su pérdida ascendía á las tres quintas partes. Pero como sus maniobras habían

determinado un alza, perdió aún al comprar lo que faltaba; de modo que la pérdida seca ascendió á más de la mitad del todo. El español, que no tenía enemigos, atribuyó, sin vacilar, el golpe á Max. Tuvo la prueba de que éste y algunos otros, únicos autores de aquellas fechorías nocturnas, habían subido su carreta hasta la torre y se habían divertido en arruinarlo: tratábase, en efecto, de tres mil francos, es decir, de cuanto Fario había penosamente juntado desde la paz. Inspirado por la venganza, aquel hombre desplegó la persistencia y la astucia de un espía á quien se ha prometido crecida recompensa. Emboscado por la noche en la ciudad, acabó por adquirir la prueba de las hazañas de los caballeros de la ociosidad; los vió, los contó, acechó sus citas y sus banquetes en casa de la Cognette; y después se ocultó para poder ser testigo de una de sus proezas, y se puso al tanto de sus costumbres nocturnas.

A pesar de sus viajes y de sus preocupaciones, no quería Max descuidar sus asuntos nocturnos; primero, para no dejar penetrar el secreto de la importante operación que se estaba llevando á cabo respecto de la fortuna de Rouget, y luego, para tener siempre ocupados á sus amigos. Es pues de saber que los caballeros habían decidido dar un golpe que dejaría recuerdo para muchos años en la ciudad: tenían proyectado dar, en una sola noche, bolillas de carne envenenada á todos los perros de guarda de la ciudad y de las cercanías; Fario los oyó, al salir de casa de la Cognette, felicitarse de antemano por el éxito que había de alcanzar tamaña proeza, y por el duelo general que causaría aquella nueva hecatombe de inocentes. Y además, ¡qué susto no infundiría aquella ejecución, precursora, sin duda, de planes siniestros acerca de las casas privadas de sus guardianes!

— Acaso haga olvidar eso la carreta de Fario, dijo Goddet.

No necesitaba ya Fario aquella palabra, la cual confirmaba sus sospechas; y además, ya tenía decidida su venganza.

Agata, al cabo de tres semanas de estancia en aquella ciudad, reconocía, con la señora de Hochón, la verdad de las reflexiones del viejo avaro: eran menester varios años para destruir la influencia adquirida sobre su hermano por la Enturbiadora y por Max. Ningún progreso había conseguido Agata en la confianza de Juan Jacobo, con quien nunca pudo estar sola un momento. Al contrario, Flora triunfaba de los herederos llevando á Agata en coche, sentada en el fondo junto á ella, con Rouget y su sobrino enfrente. Madre é hijo esperaban con impaciencia una contestación á la carta confidencial escrita á Desroches. Ahora bien, la víspera del día en que habían de ser envenenados los perros, José que se aburría en Issoudun, recibió dos cartas: la primera, del gran pintor Schinner, cuya edad le permitía una amistad más estrecha, más íntima que con Gros, maestro de ambos; y la segunda de Desroches.

He aquí la primera carta, fechada en Beaumont-sur-Oise;

« Mi querido José: He terminado, por cuenta de Serizy, las principales pinturas del castillo de Presles. He dejado en blanco las pinturas de adorno; y de tal manera te he recomendado, tanto al conde como á Grindos, el arquitecto, que no tienes sino coger tus pinceles y venir. Los precios te gustarán, Me marchó á Italia con mi mujer; puedes, pues, llevarte á Mistigris para ayudarte. El chico tiene talento y lo he puesto á tu disposición. Ya está lleno de alegría al pensar en lo que se va á divertir en el castillo de Presles.

« Adiós, querido José; si aún estoy ausente para la próxima Exposición de pintura y no puedo enviar nada, sustitúyeme. Tu cuadro, querido, es una obra maestra, pero parecerá demasiado romántica, y te preparas una vida parecida á la del demonio metido en una pila de agua bendita; pero, después de todo, la vida es un perpetuo combate. ¿Qué haces en Issoudun? Adiós.

« Tu amigo,

« SCHINNER. »

Y ahora la de Desroches:

« Mi querido José: Ese señor Hochón me parece un anciano con mucho sentido común; tiene razón en lo que dice. Por eso, mi parecer, ya que lo deseas, es que siga tu madre en casa de esa señora, pagando una módica pensión, así como cuatrocientos francos anuales, para indemnizar á sus amigos por la comida.

« Debe tu madre, tal es mi parecer, seguir los consejos del señor Hochón. Pero muchos escrupulos asaltarán á la buena señora en presencia de gentes que no tienen ninguno, y cuya conducta es una obra maestra de política. Ese Max es peligroso, y dices bien en lo que dices: ver en él á un hombre de más temple que Felipe. El pillo ese saca partido de sus vicios, no se divierte gratis, como tu hermano, cuyas locuras ningún fin útil tenían.

« Cuanto me dices me espanta, y no se adelantaría gran cosa con que fuera yo á Issoudun. El señor Hochón, oculto detrás de tu madre, os será más útil que yo. Respecto de ti, puedes volver aquí; nada puedes hacer en un asunto que requiere continua atención, una observación minuciosa, atenciones serviles, una prudencia en la palabra y una disimulación en los gestos, del todo anti-

páticos para un artista. Si os han dicho que no hay testamento otorgado, estad seguros de que ya hay alguno desde hace tiempo. Pero los testamentos son atacables, y mientras viva tu imbécil tío puede volver sobre su acuerdo, acosado por los remordimientos y por la religión. Vuestra fortuna será el resultado de un combate entre la Iglesia y la Enturbiadora.

Llegará ciertamente un momento en que ya no tenga esa mujer dominio alguno sobre ese hombre, y en que sea sustituida por la religión. Mientras no suelte tu tío nada de su fortuna ni cambie la forma de ésta, todo será posible cuando llegue el momento en que venga la religión. Por eso le pido al señor Hochón que vigile, cuanto pueda, la fortuna de tu tío. Hay que saber si están hipotecadas las propiedades, en qué forma y á nombre de quién han sido efectuados los registros. Es tan fácil inspirarle á un anciano temores sobre su vida, en caso de que se despoje de sus bienes á favor de extraños, que un heredero, por poco astuto que sea, podría impedir una espoliación apenas iniciada.

« Pero, ¿ podrá tu madre, con su ignorancia del mundo, su desinterés, sus ideas religiosas, llevar á cabo semejante asunto ?

« En fin, no puedo sino ilustraros. Cuanto hasta la fecha habéis hecho ha debido de alarmar á los otros, y quizá se hayan puesto ya en regla...

— Esto es lo que se llama una consulta como es debido, exclamó el señor Hochón, halagado de que un procurador de París le elogiara.

— Es que Desroches no es un cualquiera, contestó José.

— No estaría de más que leyeran esta carta las dos mujeres, repuso el viejo avaro.

— Aquí tiene usted la carta, dijo el artista. De

modo que yo puedo marcharme mañana; voy á despedirme de mi tío.

— ¡ Ah! dijo Hochón; el señor Desroches le pide á usted que quemé la carta.

— Bueno, pues la quemará usted después de enseñarla á mi madre, dijo el pintor.

El pintor se vistió, atravesó la plazuela y se presentó en casa de su tío, que precisamente acababa de almorzar. Max y Flora estaban con él.

— No se moleste, querido tío, vengo á despedirme de usted.

— ¿ Se marcha usted ? dijo Max dirigiéndole una mirada á Flora.

— Sí, tengo que pintar algunas cosas en el castillo del señor de Serizy; y tengo tanta más prisa cuanto que tiene el conde la suficiente influencia para serle útil á mi pobre hermano, en la cámara de los pares.

— Bueno, pues trabaja, dijo con aire atontado Rouget, que le pateció á José extraordinariamente cambiado. Es menester trabajar... siento que se vaya usted...

— Mi madre se quedará todavía algún tiempo por aquí.

Max hizo un movimiento con los labios, que notó Flora, y que significaba: « Van á seguir el plan de que me habló Baruch. »

— Mucho me alegro haber venido, añadió el joven, pues he tenido el placer de conocerle á usted, y le doy nuevamente las gracias por haber enriquecido mi estudio...

— Sí, dijo la Enturbiadora, en vez de ilustrar á su tío de usted respecto del valor de esos cuadros, que valen, según dicen, más de cien mil francos, bien se ha apresurado usted á enviarlos á París. El pobre querido es como un niño... Acaban de decirnos en Bourges que sólo uno de los cuadros, de un tal... Poussin, creo, que antes de la Revo-

lución estaba en el coro de la catedral, vale treinta mil francos...

— No se ha portado usted bien, sobrino, dijo el tío obedeciendo á una seña de Max que no pudo ver José.

— La verdad, exclamó el soldado riéndose, ¿qué cree usted que valen esos cuadros? ¡Vamos, que le ha armado usted una jugarreta á su tío; en lo cual ha estado usted acertado, pues los tíos no están para otra cosa! La naturaleza me ha rehusado tíos, pero, ¡voto á Dios! que si hubiese tenido alguno lo saqueara de lo lindo.

— ¿Sabía usted, señor, dijo Flora á Rouget, lo que sus cuadros valían?... ¿Cuánto ha dicho usted, señor Bridau?

— Es indudable, contestó sonrojado el pintor, que esos cuadros tienen cierto mérito...

— Dicen que los ha tasado usted en ciento cincuenta mil francos, en casa del señor Hochón, dijo Flora. ¿Es eso cierto?

— Sí, dijo el pintor, que tenía una lealtad de niño.

— Diga, señor, ¿tenía usted intención de regalarle ciento cincuenta mil francos á su sobrino?

— ¡Yo qué había de tener! contestó el anciano, al que Flora miró fijamente.

— Hay una manera de arreglar todo eso, dijo el pintor, y es de devolvérselos á usted, tío.

— De ninguna manera: quédate con ellos, dijo el anciano.

— Se los devolveré, tío, contestó José, herido por el silencio ofensivo de Max y de Flora. Tengo en mi pincel con qué hacer una fortuna sin que nadie tenga que darme nada, ni siquiera mi tío... Saludo á usted, señorita. Lo mismo digo, caballero.

Y atravesó José la plazuela en un estado de irritación que fácilmente comprenderán los artistas. Estaba entonces en el salón toda la familia Hochón.

Viendo á José que gesticulaba, hablándose á sí mismo, le preguntaron qué tenía.

Ante Baruch y Francisco, el pintor, franco y leal, contó la escena que acababa de ocurrir, y que, al cabo de dos horas, fué la comidilla de la ciudad, adornándola cada cual á su sabor. Algunos sostenían que el pintor había sido zarandeado por Max; otros que, por haberle faltado al respeto á Flora, Max lo había plantado en la calle.

— ¡Qué criatura es su hijo de usted!... decía Hochón á la señora de Bridau. El muy tonto ha sido víctima de una escena que le reservaban para el día de su despedida. Quince días hace que Max y la Enturbadora sabían el precio de los cuadros cuando cometió la tontería de decirlo aquí ante mis nietos, que se apresuraron á propalar la noticia. José hubiera debido marcharse sin despedirse.

— Hace bien mi hijo en devolver los cuadros, si es que tienen tal valor, dijo Ágata.

— Si valen, según él, doscientos mil francos, dijo Hochón, es necio el haberse puesto en la necesidad de devolverlos, pues eso siquiera hubieran ustedes sacado de la herencia, en tanto que, según van las cosas, nada tendrán Y ya es casi esto un motivo para que no la reciba á usted más su hermano.

Entre doce y una de la noche, comenzaron los caballeros de la Ociosidad la distribución gratuita de comestibles á los pe-



ros de la ciudad. Aquella memorable expedición no terminó hasta las tres de la madrugada, hora en que se fueron aquellos granujas á cenar á casa de la Cognette. Á las cuatro y media, poco antes de rayar el alba, regresaron á sus casas. En el momento en que doblaba Max la esquina de la calle del Porvenir para entrar en la Calle Mayor, Fario, que estaba en acecho en un recodo, le dió una puñalada hacia el corazón, retiró el arma y se escapó por los fosos de Vilatte, en donde limpió el puñal en su pañuelo. Se fué el español á lavar su pañuelo en la Rivière-Forcée, y regresó tranquilamente á Saint-Paterne, en donde se acostó escalando una ventana que dejó entreabierta; ya de día fué despertado por su nuevo mozo, que lo halló profundamente dormido.

Al caer, Max lanzó un grito horrible que indicaba una agresión. Lousteau-Prangin, hijo de un juez, pariente lejano de la familia del antiguo subdelegado y el joven Goddet, que vivía en la parte baja de la Calle Mayor, subieron corriendo la calle diciéndose :

— ¡Socorro, que matan á Max!

Pero ningún perro ladró, y como conocían todos en la ciudad las pesadas bromas de los caballeros, nadie acudió. Cuando llegaron los dos jóvenes, Max estaba sin conocimiento. Fué preciso ir á despertar al padre de Goddet. Max había reconocido á Fario; pero cuando, á las cinco de la mañana ya hubo recobrado el sentido, y que se vió rodeado de varias personas, y que supo que no era mortal su herida, se le ocurrió sacar partido de aquel asesinato, y con voz lastimera exclamó :

— He creído ver los ojos y la cara de ese maldito pintor...

Al oír esto, Lousteau-Prangin corrió á casa de su padre, el juez de instrucción. Max fué trans-

portado á su casa por el tío Cognet, por el joven Goddet y por dos personas á quienes hicieron levantarse. La Cognette y el señor Goddet estaban al lado de Max, tendido sobre un colchón. No quería el señor Goddet hacer nada antes de que estuviera Max en su cama. Los que llevaban al herido miraron naturalmente la puerta del señor Hochón mientras Ruski se levantaba, y vieron á la criada, que barría. Cual acontece generalmente en provincia, se abrió temprano la puerta en casa del anciano. La sola palabra pronunciada por Max había despertado sospechas, y el señor Goddet gritó :

— Margarita, ¿ está acostado don José Bridau ?

— Se ha marchado á eso de las cuatro y media; toda la noche se ha estado paseando por su cuarto, muy agitado.

Aquella cándida contestación excitó murmullos de horror y exclamaciones tales que motivaron la venida de la criada, curiosa por saber lo que llevaban á casa de Rouget.

— ¡Vaya una persona decente, su pintor de usted! le dijeron.

Y el acompañamiento entró dejando atontada á la doméstica : había visto á Max tendido sobre un colchón, con la camisa ensangrentada y moribundo. Los artistas adivinarán lo que había agitado á José durante toda la noche : veíase siendo la fábula de los burgueses de Issoudun; ¡lo tomaban por casi un ladronzuelo, por todo, menos por lo que él quería seguir siendo : un hombre leal, un artista digno! De buena gana hubiese dado su famoso cuadro por poder volar á París como una galondrina y tirarle á Max á las narices los cuadros de su tío. ¡Ser espoliado, y pasar por espoliador!... ¡que sarcasmo! Así es que, tan pronto como amaneció, había echado á andar por la alameda de álamos que conduce á Tivoli, para dar rienda suelta á su agitación. Mientras se prometía

aquel inocente joven, como consuelo, no volver más á aquel país, Max le preparaba una tremenda afrenta para un alma delicada. Una vez que hubo sondado la herida el señor Goddet, y reconocido que el puñal, desviado por una carterita, no había interesado el corazón, aunque haciendo grave herida, hizo lo que hacen todos los médicos, y en particular los cirujanos de provincia, se dió importancia *no respondiéndole todavía* de Max; y se marchó después de haber curado al mal intencionado soldadote. El fallo de la ciencia había sido comunicado por el médico á la Enturbiadora, á Rouget, á Kuski y á la cocinera. Volvió la Enturbiadora, llorosa al cuarto de su querido Max, en tanto que Kuski y la cocinera anunciaban á los curiosos que al comandante le quedaba poco que vivir.

Esta noticia tuvo por resultado el hacer venir unas doscientas personas, agrupadas en la plaza San Juan y en las dos Narettes.

— En menos de un mes estoy listo, y sé quién es el autor del atentado, dijo Max á la Enturbiadora. Pero vamos á aprovecharnos del suceso para echar fuera á los Parisienses. Ya he dicho que creí haber reconocido al pintor; de modo que, supongan que voy á fallecer y hagan que sea detenido José; siempre le costará la broma dos días de cárcel. Creo conocer lo suficiente á la madre para suponer que se apresurará á marcharse en compañía de su pintor; y siendo así, ya no tendremos que temer á los curas que habían de acorralar á nuestro imbécil.

Cuando bajó Flora, halló á la muchedumbre muy dispuesta á seguir las impresiones que quería ella infundirle; asomó llorando é hizo observar que el pintor, *que por cierto tenía una cara sospechosa*, había tenido, la *vispera*, una acalorada disputa con Max, con motivo de los cuadros que el artista había sonsacado á su tío.

« Ese granuja, pues con sólo mirarlo basta para convencerse de que lo es, cree que, si desapareciera Max, su tío le dejaría su fortuna, ¡como si no nos interesara más un hermano que un sobrino! Max es hijo del doctor Rouget: *el viejo me lo ha dicho poco antes de morir...*»

— Bien se ve que habrá querido dejar ese recuerdo de su estancia en nuestra ciudad; bien había combinado el golpe, dijo uno de los caballeros de la Ociosidad.

— Max no cuenta con un solo enemigo en Issoudun, dijo otro.

— Y además, bien claramente ha reconocido Max al pintor, añadió la Enturbiadora.

— ¿Dónde está ese maldito parisiense? Vamos á buscarle... gritaron algunos.

— ¿Dar con él?... contestaron otros; si se ha marchado hoy al amanecer de casa del señor Hochón...

En seguida acudió á casa del señor Mouillerón un caballero de la Ociosidad. El gentío seguía creciendo, y el ruido de las voces se hacía amenazador. Grupos animados ocupaban toda la Grande Narette; otros permanecían inmóviles ante la iglesia. Ya no se podía pasar de uno y otro lado de la plaza San Juan; parecía aquello la cola de una procesión. Costóles trabajo á los señores Lousteau-Prangin y Mouillerón, al comisario de policía, al teniente de gendarmería y al sargento, acompañado de dos gendarmes, abrirse paso hasta la plaza San Juan, á la que llegaron entre dos filas de personas cuyos gritos y exclamaciones podían y debían ponerles en guardia contra el parisiense tan injustamente acusado, pero al que no favorecían las circunstancias.

Después de una conferencia entre Max y los magistrados, el señor Mouillerón destacó al comisario e policía y al sargento con un gendarme

para examinar lo que, en lenguaje jurídico, se llama « el teatro del crimen ». Luego, los señores Mouillerón y Lousteau-Prangin, acompañados del teniente de gendarmería, pasaron de la casa de Rouget á la de Hochón; dos gendarmes vigilaban la entrada del jardín, y dos otros la puerta principal. Seguía creciendo la ola humana. Toda la ciudad se había transportado, amenazadora, á la Calle Mayor.

Ya Margarita se había precipitado á casa de su amo, espantada, diciéndole :

— ¡ Señor, le van á saquear á usted!... Toda la ciudad está en revolución. El señor Gilet ha sido asesinado, se está muriendo.... Y se dice que su sobrino de usted el pintor es quien ha cometido el homicidio.

El señor Hochón se vistió corriendo y bajó; pero, ante aquel populacho furioso, se apresuró á atrancar su puerta. Margarita le dijo, además, que el joven artista había salido al amanecer, que se había estado paseando por su cuarto, muy agitado, durante la noche, y que aún no estaba de regreso. Asustado, el viejo se fué al cuarto de su mujer, á la que acababa de despertar el ruido, y á la que dió cuenta de la tremenda noticia, verdadera ó falsa, que hacinaba á toda la población en la plaza San Juan.

— ¡ Ciertamente es inocente! dijo la anciana.

— Si, pero mientras se dilucida la cuestión, puede la gente entrar aquí y saquearnos, hizo observar Hochón, muy pálido (tenía oro en su bodega).

— ¿ Y Ágata?

— Duerme como un lirón.

— Mucho me alegro, dijo la anciana, y quisiera que no se despertara hasta terminado este asunto. ¡ Pobrecilla, un disgusto tan grande la mataría!

Pero Ágata despertó, y bajó apenas vestida, pues

las reticencias de Margarita le habían trastornado la cabeza y el corazón. Halló á la señora de Hochón pálida y con los ojos llorosos, en una de las ventanas de la sala, con su marido.

— ¡ Ánimo, querida! Dios nos envía pruebas. Acusan á José....

— ¿ De qué?

— De una mala acción que no puede haber cometido, contestó la anciana.

Al oír esta palabra, que coincidió con la entrada del teniente de gendarmería y de los señores Mouillerón y Lousteau-Prangin, Ágata se desmayó.

— Llévense á la señora de Bridau, dijo el señor Hochón á su mujer y á Margarita : las mujeres estorban en circunstancias como éstas. Vayanse las tres á su cuarto de usted... — Siéntense, señores, prosiguió el anciano. La equivocación que nos vale la visita de ustedes no tardará, espero, en aclararse.

— Aun cuando hubiere equivocación, dijo Mouillerón, tal es el furor de la gente y tan excitados están los ánimos, que temo por el inculgado... Quisiera tenerle en el Palacio de Justicia, y dar satisfacción á la gente.

— ¿ Quién sospechará cuán querido es don Max Gilet?... dijo Lousteau-Prangin.

— En este momento desembocan mil doscientas personas por el arrabal de Roma, acaba de decirme un subordinado, hizo observar el teniente de gendarmería, y lanzan gritos de muerte.

— ¿ Dónde está su huésped de usted? preguntó Mouillerón al anciano.

— Ha ido á pasearse por el campo, creo....

— Que venga Margarita, dijo gravemente el juez de instrucción; tenía yo la esperanza de que no se hubiera apartado de aquí el señor Bridau. ¿ No ignora usted, supongo, que el crimen ha sido cometido cerca de esta casa, al amanecer?

Mientras iba Hochón en busca de Margarita, los tres funcionarios cambiaron miradas significativas.

— Nunca me ha gustado la cara de ese pintor, dijo el teniente á Mouillerón.

— Vamos á ver, dijo el juez á Margarita al verla entrar, ¿ parece ser que usted ha visto salir, esta mañana, á don José Bridau ?

— Sí, señor, contestó la mujer, temblando como hoja de árbol.

— ¿ Á qué hora ?

— Tan pronto como me levanté; pues se estuvo paseando toda la noche en su cuarto, y ya estaba vestido cuando yo bajé.

— ¿ Era ya de día

— Amanecía.

— ¿ Parecía agitado ?

— Sí... no parecía el de costumbre.

— Mande usted á buscar á mi actuario con un gendarme, dijo Lousteau-Prangin al teniente, y que traiga hojas de...

— Le suplico á usted que no precipite las cosas, dijo el señor Hochón. La agitación de ese joven se explica de muy distinta manera que por la premeditación de un crimen; se disponía á marcharse hoy mismo á Paris, á consecuencia de un asunto en que Gilet y Flora Brazier pusieron en duda su probidad.

— Si, el asunto de los cuadros, contestó Mouillerón. El tal asunto motivó ayer una acalorada cuestión, y los artistas son gente harto violenta.

— ¿ Quién, en todo Issoudun, tenía interés en matar á Max ? preguntó Lousteau. Nadie; ni marido celoso, ni nadie, en una palabra, pues ese chico jamás ha perjudicado á persona alguna.

— Pero, ¿ qué hacía el señor Gilet á las cuatro y media en Issoudun ? preguntó el señor Hochón.

— Mire, señor Hochón, déjenos cumplir con nuestra obligación, contestó el señor Mouillerón;

